La música de la filarmónica

Ella lo miraba extasiada. No era famosa, era reconocida, pero no famosa. Era una cuerda más de la orquesta, pero ahora estaba sentada justo atrás del maestro. El maestro tocaba y su cuerpo se sacudía con su energía desbordante. Y ella era testigo de primera fila de aquello. Explico esto. Ella está justo detrás del maestro, que se encontraba en la primera fila, como el solista del concierto. Por lo tanto, la mujer estaba en la segunda fila. Pero a la vez, en la primera fila de la orquesta. No olvidemos que el maestro había venido a tocar con la orquesta, como invitado. Las orquestas tienen solistas, pero los maestros no pertenecen a ninguna parte; aunque difícilmente dirían que no a tocar con prestigiosas bandas sinfónicas, pues son renglones poderosos en sus currículums. Esas cosas son las que precisamente los certifican como maestros.

En un orden normal de distribución por instrumentos, ella estaría más atrás, pero como se trataba de un concierto para su instrumento, por partitura, el suyo debía apoyar al principal, y por eso ahora estaba en la primera fila. Y desde esa posición era, además, testigo privilegiado del fenómeno fisiológico que cuento, y que le quedó tan grabado.

Ella no pensaba que su sueldo era una fracción de lo que debía ganar el maestro. De hecho, ella tenía un contrato indefinido con la fundación que financiaba a la filarmónica. Era un sueldo que ya se quisieran muchos profesionales tercermundistas. Permitía un pasar cómodo, con holguras, que incluso le permitía ahorrar para salir a turistear en su no tan cercana vejez. El maestro ganaría, en esta temporada, lo que ella en tres años de trabajo. Son los beneficios que trae ser genio.

Pero ahora, ella no pensaba en nada de eso. Ella estaba detrás del maestro, y veía las gotas de sudor correr por su nuca, hasta su cuello, y mojar la antes pulcra camisa, tiñéndola con un poco de algo que el maestro nunca había reconocido usar, ni lo haría, pero que, junto al sudor, y mezclado con este, dibujarían, durante el desarrollo del concierto, una gran aureola, que abarcaría finalmente todo el cuello de la camisa. Ella se preguntaba si la mancha habría alcanzado el cuello del esmoquin. Pero no se notaba, porque este era negro.

Comparó las edades. Él no era más de diez años mayor que ella. Por algunos instantes, se preguntó si podría ser como el maestro algún día, si se dedicaba más, cada día, como seguramente lo hacía él. Pero luego recordó que el maestro ya era maestro hacía diez años, por lo que no se trataba de una cuestión de edades o de años. Sí, el tiempo tiene que ver, pero no es lo único. Hay un intangible entremedio, algo que no se puede medir.

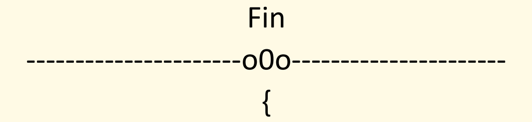


Lo sabemos, incluso un maestro progresa con los años, y eso es en realidad un maestro volviéndose inmortal. Bueno, nunca tampoco tan inmortal, maestros ha habido por miles en todas las épocas, y sólo los recuerdan algunos. Y no a todos. Muchos son recordados principalmente en sus círculos y ambientes de trabajo, donde expresan su genialidad, y sólo algunos pocos trascienden todas las esferas. A Einstein, a Buda, a Jesús, a Napoleón, a Vincent, a Picasso, a Los Beatles y otros tantos, se les menciona universalmente, aunque no se conozca sus obras, o no se las comprenda. Pero se les menciona. Tal vez este maestro sería inmortal para ciertos círculos. Y ella no era tan pretenciosa como para pensar que podía ser una genio. No, ella era una excelente profesional, ese era su lugar, y lo reconocía como afortunado. Y ahora era testigo de cómo un maestro, hasta ahora reconocido internacionalmente, una leyenda viva, había tocado, justo frente a ella, hasta empapar el cuello de su camisa, a lo menos. Una experiencia más que vital.

Cuando terminó el concierto, entre los gritos de euforia y los aplausos, el maestro ni siquiera le dirigió la mirada, Fue como si ni existiera. Saludó, dio la mano y abrazó a otros, pero a ella no la vio. Pero esto a ella no le importó, no le dio importancia. Ella estaba fascinada por su propio desempeño, por haber tocado exitosamente junto a un maestro.

Semanas más tarde, sentada en un bar en el centro de la ciudad, cuando relataba esta experiencia a unos amigos, se percató que, a pesar de todo lo pendiente que había estado de aquel prodigioso intérprete, durante todo el concierto, viendo sus contorsiones, sus muecas de soslayo, y su sudor correr, y a ratos copiosamente, ella no había errado ni una sóla nota, ni en tiempo, ni en intensidad, ni en nada. Eso se nota cuando has pasado inadvertido. No fallaste. Lo hiciste. Tu director no siquiera te mira. Fuiste como el mejor pavimento sosteniendo al mejor de los coches. Se sintió muy orgullosa.

Esto último no lo dijo ella, yo lo vi todo durante el concierto, y ahora lo notaba en sus ojos, humildes, escurridizos, sensatos, que se escondían en el hermoso color de su margarita spanish.



Cuento de Jaime Sierra Bosch

2 julio 2021

